

*A continuación, ofrecemos como material extra (optativo), un texto de SAN ALBERTO HURTADO, sobre la Oración y la Vida de fe extraído de su libro **La búsqueda de Dios** [Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2005, p. 35-46.]*

HAY UNA MANERA CRISTIANA DE TRABAJAR

Comienza por darte

El que se da, crece. Pero no hay que darse a cualquiera, ni por cualquier motivo, sino a lo que vale verdaderamente la pena: al pobre en la desgracia, a esa población en la miseria, a la clase explotada; a la verdad, a la justicia, a la ascensión de la humanidad; a toda causa grande, al bien común de su nación, de su grupo, de toda la humanidad; a Cristo, que recapitula estas causas en sí mismo, que las contiene, que las purifica, que las eleva; a la Iglesia, mensajera de la luz, dadora de vida, libertadora; a Dios, a Dios en plenitud, sin reserva, porque es el Bien Supremo de la persona, y el supremo Bien Común. Cada vez que me doy así, recortando de mi haber, sacrificando de lo mío, olvidándome, yo adquiero más valor, un ser más pleno, me enriquezco con lo mejor que embellece el mundo; yo lo completo, y lo oriento hacia su destino más bello, su maximum de valor, su plenitud de ser.

Crecer. Mirar grande, querer grande, pensar grande, realizar grande. En los combates de hoy, todo se trata a la escala del hombre y a la escala del mundo. Disponerse a realizar grande.

No cuidarse de hacer carrera, sino de llenar su vida en plenitud. Ejercitar mi esfuerzo en los sectores disponibles. Tomar lo que no ha sido realizado. No imitar la burguesía: no se trata de obtener o de conservar privilegios. Se trata de servir. No polemizar. Construir. No se trata de descubrir y recorrer una pista solo. Se trata de construir, para uso de muchos, un largo camino.

Realizar. Comienza por conocer el objeto estando en contacto con él. Para saber lo que es el agua, no hay como bañarse. Una vez fijo en tu mente el fin, toma los medios proporcionados. Comienza por la encuesta que debe poco a poco completarse hasta llegar a agotar el sujeto. El que sabe porque ha visto, porque ha experimentado, porque ha reflexionado, no está suspendido a la aprobación de los demás. Él camina en la seguridad.

Al comenzar un trabajo. Hay que preparar pacientemente, minuciosamente toda operación de alguna importancia. La improvisación es normalmente desastrosa. El reflejo de la acción objetiva no se adquiere sino poco a poco, después de muchos tanteos, de muchas experiencias, de muchos fracasos. El contexto de la acción puede tener una cierta amplitud de margen. No hay que esperar, para obrar, tener las últimas precisiones.

Amar la obra bien hecha, y para ella poner todo el tiempo que se necesite. Las detenciones en el trabajo, por ejemplo las enfermedades, son útiles para poner cada cosa en su sitio, para volver a hallar las perspectivas. En ellas se realiza lo más fecundo del trabajo. Separado del ruido, lejos de los detalles, se puede mirar los problemas de más arriba y con más calma, se domina el problema; puede uno sacar las conclusiones de lo realizado, repensar los principios, darles una frescura nueva. Decía Napoleón: “No es un genio repentino quien me revela lo que he de decir o hacer en circunstancias imprevistas para los demás: es la reflexión y la meditación”.

Pensar y volver a pensar. En cada cosa, adquirir el sentido de lo que es esencial. No hay tiempo sino para eso. Foch decía: *“Cuando un hombre de cualidades medianas concentra sus energías en un fin único, debe alcanzarlo”*. La vida es demasiado corta para perder el tiempo en intrigas.

La verdadera prudencia. No tomar posiciones antes de conocer el problema. Evitar los juicios apresurados o apasionados sobre los hombres y sobre los acontecimientos. ¿Quieres saber? Anda a ver. Desconfía de los libros. Examina el objeto.

En el sector que tú has escogido debes ser el hombre que sabe mejor, no porque sepas todos los detalles, eso es imposible, sino porque sabes los pormenores suficientes para darte cuenta del conjunto. Lo que más falta hoy, es el hombre con visiones de conjunto. Hay algunas, pero falsas.

La suprema habilidad es la sinceridad. Jugar limpio. La “combina” es exasperante; hay que dejarla a los mediocres. Muchos buscan no la verdad, ni el bien, sino el éxito. Eso puede ser canallesco.

Atreverse. El que sigue lo objetivo, se arriesga al mínimun. Con frecuencia se enseña a los hombres a ‘no hacer’, a ‘no comprometerse’, a ‘no aventurarse’. Es precisamente al revés de la vida. Cada uno dispone según su salud, su temperamento, sus ocupaciones sólo de un cierto potencial de combate. No despreciarlo en escaramuzas.

Embarcarse. No se sabe qué barcos encontraré en el camino, qué tempestades ocurrirán... Hay un minimum de precauciones, una vez tomadas, ¡embarcarse!

Ningún peligro de materializarse para el cristiano que busca antes que nada el Reino de Dios y su justicia (cf. Mt 6,33).

El combate. Amar el combate. Considerarlo como normal. En el estado de naturaleza caída, es lo normal. No maravillarse, aceptarlo, mostrarse valiente, no perder el dominio de sí; jamás faltar a la verdad y a la justicia. Las armas del cristianismo no son las armas del mundo.

Amar el combate, no por sí mismo, sino por amor del bien, por amor de los hermanos que hay que librar. El combate tiene su belleza, ¿por qué no gozar de ella?

“Una batalla perdida, es la que se cree haber perdido” (Foch). En la acción hay que ir más a prisa que los acontecimientos. Imponerles su ritmo.

“En la lucha social es muy difícil no dejarse pescar, aun cuando no se pretende sino la verdad y la justicia. Hay la recepción tan acogedora, el convite a almorzar, los ofrecimientos de ayuda, subvenciones... Hay la acción sobre los miembros del equipo, los más conciliadores, a los cuales se les hace ceder algún terreno. Hay la explotación de las divergencias, de manera que habrá que capitular para impedir un cisma... hay un sector de la asamblea que impone sus puntos de vista. Hay que velar constantemente para guardar la libertad y no dejarse acaparar por un clan”.

Se nos pretende pescar corrientemente por la necesidad de dinero que tenemos, por la necesidad de apoyo. Se explotan nuestras debilidades y nuestras virtudes. Se explota cada uno de nuestros pasos dados en falso...

Para tener éxito, ser el mejor documentado. Tener entradas e informaciones de todo lo que ocurre. Estar dominado por una idea poderosa, que no se expresará sino poco a poco. Los hombres no resisten mucho tiempo a una idea, cuando se la presentamos de muchos puntos diferentes, y partiendo de lo que a ellos les interesa.

Hay que perseverar. Muchos quedan gastados después de las primeras batallas. Les faltó las armas o el valor... Otros, en cambio, parecen moribundos y están más frescos que nunca.

El capitalismo cree poseer todos los derechos. La justicia no parece estar sino de su lado. Teniendo el derecho se puede tener todo. Ya ha oprimido a tantos desgraciados que no se han levantado, ha engañado a tantos que le han confiado sus ahorros y han seguido confiándoselos, impuesto tantas leyes que eran favorables a sus designios, corrompido a tantos políticos... No se imagina que se le pueda resistir mucho tiempo. Cuando encuentra oposición de parte de los humildes, o de parte de sacerdotes, grita que eso es revolución, que es herejía, anarquía o comunismo. Tiene tal conciencia de ser el orden, que se imagina que la Iglesia no puede estar sino de su

lado. Que se afirme tranquilamente delante de él los derechos del hombre, nada lo molesta más. Pero esta afirmación no basta. Es necesario organizar a los hombres para que resistan.

Nunca está uno solo, ni en las horas de mayor soledad. Cuando se afirma la verdad, se quiere el bien; cuando se combate por la justicia, se hace uno de numerosos enemigos, pero adquiere también numerosos amigos. Otros a nuestro lado aman la verdad, el bien, la justicia. Mañana estarán a nuestro lado.

Aun entre aquellos que nos combaten hoy, hay siempre quienes se pondrán de nuestra parte apenas descubran claramente qué es lo que queremos.

No preocuparme de lo que digan. El que sigue el objeto tiene siempre razón. No perder el tiempo en discutir con los estetas, los críticos, los espectadores. Seguir mi camino. Construir. Escuchar pacientemente al que ha visto, al que ha construido. No decir “no” al que ha visto y construido. No decir “sí” fácilmente al que enuncia principios. Alegrarse cuando alguien lo sobrepasa, cuando ve o va más lejos.

Saber que las ideas caminan lentamente. Muchos se imaginan que, porque han encontrado alguna verdad, eso va a arrebatar los espíritus. Se irritan con los retardos, con las resistencias. Estas resistencias son normales: provienen de la apatía, o de la diferente cultura, ambiente. Cada uno parte de lo que es, de lo que ha recibido (¡Nietzsche!). Para que acepte otro pensamiento es necesario que lo asimile, lo armonice con lo anteriormente adquirido.

No espantarse, no irritarse de la oposición. Ella es normal, con frecuencia ella es justa. Ella quiere decir que se está en pleno combate, ella prepara la adhesión de otros y nuestra adaptación a la realidad.

Alegrémonos más bien que se nos resista y que se nos discuta. Así nuestra misión penetra más profundamente, se rectifica, anima, y quien quiera que se vaya, olvidándonos, después de haber reinventado o mejorado nuestro propio sistema, milita, quiéralo o no, a nuestro lado. Eso basta.

–“*Su obra está en crisis*”, me dirán.

–Sí, pero usted me encuentra bien tranquilo...

–“*Sí, pero eso y eso no marcha...*”.

–Pero, amigo, una obra que marcha, tiene siempre cosas que no marchan. Una obra que vive está siempre en crisis.

Permanecer puro, ser duro, buscar únicamente la verdad, el bien, la justicia. Imponerse esfuerzos constantes para alcanzar estos objetivos. A medida que se los ha conquistado, llegar a ser un apoyo sólido para los otros.

Ser simple, “naif” [ingenuo]; y empeñarse en permanecer simple. Creer todavía en el ideal, en la justicia, en la verdad, en el bien, en que hay bondad en los corazones humanos. Creer en los medios pobres. Librar con buena fe batalla contra los poderosos. No buscar engañar, ni aceptar medios que corrompan.

Cuando el obstáculo es la oposición de los hombres, la mejor táctica, con frecuencia, es continuar su camino, sin cuidarse de esta oposición. Se pierde un tiempo precioso en polémicas, cuando sólo la construcción cuenta.

Los injustos ignoran la fuerza de la justicia. Se creen poderosos, cuando basta que encuentren un solo hombre justo para que todos sus planes sean descubiertos. Apenas encuentran un grupo de justos, deben batirse en retirada, pactar, o al menos tomar la máscara de la justicia.

Si la oposición viene de los hombres de buena voluntad, de los “santos”, de los superiores, verificar mi orientación y si estoy marchando con la Iglesia; sacar el mejor partido de las circunstancias, sin armar ruido.

En todo apostolado habrá dificultades. Pertenece a la Iglesia militante, y nuestra vida está “en tensión”. El testimonio del apóstol tiene algo de violento. Sólo los violentos arrebatan el Reino de los cielos (cf. Mt 11,12).

Acuérdate que “se va lejos, después que se está fatigado”. La gran ascética es no ponerse a recoger flores en el camino. Hay más valor en soportar los acontecimientos, que en cambiarlos. El sufrimiento, la Cruz, es sobre todo permanecer en el combate que se ha comenzado a librar. Esto es lo que más configura con Cristo.

Hay quienes quieren expansionarse (s'épanouir) pero sin dolor. No han comprendido aún lo que es crecer... Quieren expansionarse por el canto, por el estudio, por el placer, y no por el hambre, la angustia, el fracaso y el duro esfuerzo de cada día, ni por la impotencia aceptada, que nos enseña a unirnos al poder de Dios; ni por el abandono de sus planes, que nos hace encontrar los planes de Dios. El dolor es bienhechor porque me enseña mis limitaciones, me purifica, me hace extenderme en la Cruz de Cristo, me obliga a volverme a Dios.

En un grupo realista de apóstoles, máximas como éstas se oyen frecuentemente: “Después de un peñascazo, otro...”. 90% de fracaso, ¡¡alegrarse, a pesar de todo!! Comenzar por acusarte a ti mismo. El fracaso construye. Alegría, paz, ‘viva la pepa’...

¡y viva, y siempre viva! Así es la vida... ¡¡y la vida es bella!!! No armar alharaca. No gritar. No indignarse. No irritarse. No dejar de reírse, y dar ánimo a los demás. Continuar siempre. No se hace nada en un mes: al cabo de diez años es enorme lo hecho. Cada gota cuenta. *"Bástale a cada día su malicia"* (Mt 6,34). Esperar aún los peñascos más grandes y no creer todo perdido cuando lleguen. Ya se acabarán. El tiempo arregla muchas cosas. Así piensa un grupo de jóvenes que tienen el verdadero espíritu apostólico.

Cuando uno mira los sectores de trabajo, de cerca, todo parece que no marcha, y sin embargo la obra marcha, y bien...

Con todo, hay momentos de crisis. Muchos, al verme en peligro, se pondrán a mirar. Comentan: *"Ha perdido el pie, pero sabe nadar... pero se fatiga. No puede más... va a ahogarse. ¿Para qué se metería en este peligro?"*. Así comentan, luego se van, pero nadie se tira al agua para sacarme. Con todo, no estoy perdido, unos cuantos golpes bien dados y estamos fuera y, ¡¡hasta otra!!

Darme sin contar, sin trampear, en plenitud, a Dios y a mis hermanos, y Dios me tomará bajo su protección. Él me tomará y pasaré indemne en medio de innumerables dificultades. Él me conducirá a su trabajo, al que cuenta. Él se encargará de pulirme, de perfeccionarme y me pondrá en contacto con los que lo buscan y a los cuales Él mismo anima. Cuando Él tiene a uno, no lo suelta fácilmente.

Para este optimismo, nada como la visión de fe. La fe es una luz que invade. Mientras más se vive, mayor es su luz. Ella todo lo penetra y hace que todo lo veamos en función de lo esencial, de lo intemporal. El que la sigue, jamás marcha en tinieblas. Tiene solución a todos los problemas, y gracias a ella, en medio del combate, cuando ya no se puede más por la presión, como el corcho de la botella de champaña salta, se escapa hacia lo alto, se une a Cristo y en Él halla la paz.

La fe nos hace ver que cada gota cuenta, que el bien es contagioso, que la verdad triunfa.

Cuando un hombre se aparta de los caminos trillados, ataca los males establecidos, habla de revolución, se lo cree loco. Como si el testimonio del Evangelio no fuera locura, como si el cristiano no fuera capaz de un gran esfuerzo constructor, como si no fuéramos fuertes en nuestra debilidad (cf. 2Cor 12,9). Nos hacen falta muchos locos de éstos, fuertes, constantes, animados por una fe invencible.

El primado de la santidad

Un apostolado racionalizado, una acción eficaz, requiere en primer lugar un hombre entregado a Dios, un alma apostólica completamente ganada por el deseo de

comunicar a Dios, de hacer conocer a Cristo; almas capaces de abnegación, de olvido de sí mismas, con espíritu de conquista, almas para las cuales el grito de San Pablo sea siempre actual: ¡Con tal que Cristo sea glorificado, en esto me gozo y me gozaré siempre! (cf. Flp 1,18).

Hay que dar a las selecciones cristianas una formación más profunda: de sus clérigos y de sus seglares. La principal responsabilidad cae en esto a los seminarios: según el aliento que ellos sepan dar a los jóvenes sacerdotes, todo el pueblo cristiano será ganado para Cristo o vegetará en el egoísmo.

La cultura teológica, lejos de serle menos necesaria en las nuevas formas de acción, la va a necesitar más que nunca. El sacerdote de hoy debe ser capaz de elevarlo todo a Dios. Para ello debe estar muy presente en su espíritu su síntesis teológica. Para que pueda tomar posición ante los problemas morales nuevos que no están previstos en los manuales, debe ser capaz de juzgar por él mismo. Para tener el valor de arrostrar la vida apostólica con sus inmensas dificultades, debe poder verificar continuamente que su esfuerzo está en línea del plan divino. Para vencer en la acción las susceptibilidades, para no detenerse ante las cuestiones de amor propio, de derecho personal o de derechos parroquiales, se necesita que tenga profundamente el sentido de Cristo.

Todo cuanto podamos desearle de cualidades administrativas, de cualidades de jefe, viene después. La racionalización del apostolado, precisamente, exige que lo supra racional esté en primer lugar. ¡Que sea un santo! En definitiva, no va a apoyarse sobre los medios de su acción humana, sino sobre Dios. Lo demás vendrá después: que trabaje no como guerrillero o como maquis emboscado, sino como miembro del Cuerpo Místico, en unión con todos los demás, aprovechándose de todos los medios para que Cristo pueda crecer en los demás, pero que primero la llama esté muy viva en él.

Que sea un hombre

Un santo es imposible si no es un hombre; no digo un genio, pero un hombre completo dentro de sus propias dimensiones. Hay tan pocos hombres completos. Los profesores nos preocupamos tan poco de formarlos; y pocos toman en serio el llegar a serlo.

Entre los funcionarios, los maestros, los eclesiásticos... hay tan pocos que me dan la idea de "*un hombre*". Más los hay entre la gente sencilla, obreros, campesinos; también entre los ingenieros, dirigentes de sindicato...

El hombre tiene dentro de sí su luz y su fuerza. No es el eco de un libro, el doble de otro, el esclavo de un grupo. Juzga las cosas mismas; quiere espontáneamente, no por fuerza, se someta sin esfuerzo a lo real, al objeto, y nadie es más libre que él.

Si se marcha más despacio que los acontecimientos; si se ve las cosas más chicas de lo que son; si se prescinde de los medios indispensables, se fracasa. Y no puede ser indiferente fracasar, porque mi fracaso lo es para la Iglesia y para la humanidad. Dios no me ha hecho para que busque el fracaso. Cuando he agotado todos los medios, entonces tengo derecho a consolarme y a apelar a la resignación.

Muchos trabajan por ocuparse, pocos por construir; se satisfacen porque han hecho un esfuerzo. Eso no basta. Hay que querer eficazmente.

Guardar su equilibrio

El equilibrio es un elemento precioso para un trabajo racional. Vale más un hombre equilibrado que un genio sin él, al menos para el trabajo de cada día, para realizar. Equilibrio no quiere decir, en ninguna manera, un buen conjunto de cualidades mediocres; se trata de un crecimiento armónico que puede ser propio del hombre genial, o una salud enfermiza, o una especialización muy avanzada. No se trata de destruir la convergencia de los poderes que se tiene, sino de sobrepasarlas por una adhesión más firme a la verdad, de completarse en Dios por el amor.

El cristianismo, bien comprendido, es un maravilloso fermento de equilibrio. El desequilibrio contemporáneo resulta de un crecimiento desordenado del poder material y de las capacidades de gozo. Se abusa de unas y otras, en lugar de dominarlas. La vida social es tan compleja, que en lugar de libertar al hombre lo aplasta y lo determina.

La moral cristiana permite armonizarlo todo, jerarquizarlo todo, por más inteligente, ardiente, vigoroso que uno sea. La humildad viene a temperar el éxito; la prudencia frena la precipitación; la misericordia dulcifica la autoridad; la equidad tempera la justicia; la fe suple las deficiencias de la razón; la esperanza mantiene las razones para vivir; la caridad sincera impide el repliegue sobre sí mismo; la insatisfacción del amor humano deja siempre sitio para el amor fraternal de Cristo; la evasión estéril está reemplazada por la aspiración de Dios, cargada de oración, y de insaciable deseo.

Una mujer médico, que había examinado centenares de hogares de obreros franceses, constataba como un factor constante la pérdida del equilibrio por materialización, o por pérdida de la fe. Y al leer a Sartre, a quien algunos han llegado

a llamar un poseído, al constatar las conclusiones del existencialismo ateo, tan lleno de vacío, constatación del fracaso total del ateísmo, uno ve a dónde lleva una filosofía sin Dios. La lectura de Sartre, para mí ha tenido la impresión de una prueba de la existencia de Dios, por el argumento ad absurdum, de un hombre genial.

El hombre no puede equilibrarse sino por un dinamismo, por una aspiración de los más altos valores de que él es capaz.

El equilibrio no se decreta, no se impone del exterior. Es un asunto personal, del cual cada uno es el primer responsable. Si el equilibrio viene a turbarse por estructuras enfermizas, impuestas desde afuera, será necesario un esfuerzo mayor para recobrarlo, pero será un equilibrio también superior. Tan pronto como se siente comprometido el equilibrio, hay que hacer todo lo posible por ponerse en condiciones de recobrarlo.

Influyen poderosamente en el equilibrio factores del ritmo diario, semanal, de estaciones. Hay que analizarlos con cuidado y corregirlos. En esta materia dos recuerdos del Padre Janssens: "Permiso para levantarse a las 4 hasta que se ponga rabioso. En el 3 trimestre, ninguna observación: usted está excitado, ellos, yo: sin fruto".

El ritmo cotidiano debe armonizarse entre reposo, trabajo difícil, trabajo fácil, comidas, descansos. El ritmo semanal o mensual debe prevenir paradas, detenciones.

El ritmo de estaciones y anual debe prever y armonizar períodos de estabilidad y de viajes; trabajo intensivo, trabajo moderado, vacaciones. La buena distinción entre trabajos materiales y espirituales, trabajo manual y esfuerzo intelectual es también muy importante. Es bueno recordar que en muchos casos se descansa de un trabajo pasando a otro trabajo, no al ocio. Es admirable notar qué bien ha previsto la Compañía a una vida de equilibrio. Reglas de los estudiantes, campo, vacaciones, trabajo material que conviene a todos...

Una vida de comunidad facilita y dificulta el equilibrio. El buen entendimiento, el complemento mutuo, los intercambios culturales, el marco de vida, la tendencia hacia el bien común, son factores de un mayor equilibrio, y muy ricos. El exceso de trabajo, el horario excesivamente uniforme, un clima de menor comprensión, la uniformidad en las prácticas, pueden llevar a una ruptura de equilibrio. Y por eso notemos lo que pensaba San Ignacio...

Una comunidad que marcha bien, ajusta periódicamente sus disposiciones en función de sus miembros, para que todos se perfeccionen juntamente, en una justa repartición de responsabilidades, con todas las diversificaciones que requieren los

diversos temperamentos. Una regla demasiado minuciosa, demasiado rígida, consigue una disciplina más militar, pero en cambio gasta a los más débiles e impide que aparezcan grandes personalidades. Lo peor de todo es una regla que no se sigue. Una regla demasiado floja mata el espíritu de comunidad.

A qué paso caminar

Una vez que se han tomado las precauciones necesarias para salvaguardar el equilibrio, hay que darse sin medirse, para obtener un maximum de eficacia, para suprimir en la medida de lo posible las causas del dolor humano.

Se trabaja casi al límite de sus fuerzas, pero se encuentra, en la totalidad de su donación y en la intensidad de su esfuerzo, una energía como inagotable. Los que se dan a medias están pronto gastados, cualquier esfuerzo los cansa. Los que se han dado del todo, se mantienen en la línea bajo el impulso de su vitalidad profunda.

Al paso de Dios

Con todo, no hay que exagerar y disipar sus fuerzas en un exceso de tensión conquistadora. El hombre generoso tiende a marchar demasiado a prisa: querría instaurar el bien y pulverizar la injusticia, pero hay una inercia de los hombres y de las cosas con la cual hay que contar. Hay lo deseable y lo posible.

Es necesario adquirir el sentido de lo posible, dado lo que somos y lo que tenemos que emprender. Místicamente, se trata de caminar al paso de Dios, de tomar su sitio justo en el plan de Dios. Todo esfuerzo que vaya más lejos es inútil, más aún, nocivo. A la actividad reemplazará el activismo que se sube como el champaña, que pretende objetos inalcanzables, quita todo tiempo para la contemplación; deja el hombre de ser el dueño de su vida.

Descansos en el camino

Al partir en la vida del espíritu se adquiere una actitud de tensión extrema, que niega todo descanso. Pero como ni el cuerpo ni el alma están hechos para este juego, viene luego el desequilibrio, la ruptura. Se va hasta el extremo en la potencialidad de esfuerzo, sobrepasándose por nuevos esfuerzos de la voluntad, entonces viene el cansancio, el agotamiento...

Hay, pues, que detenerse humildemente en el camino y descansar bajo los árboles y recrearse con el panorama, podríamos decir, poner una zona de fantasía en la vida.

Peligro del exceso de acción: la compensación

Un hombre agotado busca fácilmente la compensación. Este momento es tanto más peligroso, cuanto que se ha perdido una parte del control de sí mismo: el cuerpo está cansado, los nervios agitados, la voluntad vacilante. Las mayores tonterías son posibles en estos momentos: los estimulantes, el confort, el abandono carnal, la búsqueda excesiva de ternura, una aventura peligrosa.

Entonces hay sencillamente que relajar: volver a encontrar la calma entre amigos bondadosos, recitar maquinalmente su rosario, dormir dulcemente en Dios.

†

¡Ave María y adelante!